

Rómulo Gallegos: Un maestro con conducta frente a la libertad y la patria

EDILBERTO MORENO*

Lectura infantil

Corren los meses del 35 por la retina infantil de nuestros vagos recuerdos de la escuelita pueblerina. Un buen día la maestra nos hace leer por turnos un capítulo de la novela que ella está devorando. Se llama *Doña Bárbara* y el capítulo que repetimos hasta memorizarlo es "La Doma", naturalmente después de que nos habla, con cierta impropiedad de novicia en sus afanes literarios, de los personajes centrales de la obra. Por supuesto, nos decía y repetía que esa novela era una gran obra y tenía la suerte de ser la favorita entre las que se hacía leer el general Gómez en sus chinchorros de siesta, colgados de los corredores de su casa presidencial en Maracay.

Un buen día apareció la maestra, novela en mano, con el Jefe Civil, para ordenarnos un minuto de silencio en memoria del Presidente Gómez que acababa de fallecer. A los pocos meses la radio y el periodiquito que llegaba al pueblo con cierto retraso, nos trajeron la noticia de que el nuevo gobierno del general López Contreras había designado Ministro de Educación a Rómulo Gallegos. Están frescos todavía en nuestra mente los comentarios de esquina que se escuchaban entre los supuestamente informados: que ésa era una de las mejores decisiones del recién llegado gobierno, decían

* Embajador de Venezuela ante la OEA. Lectura en New York en un ciclo en homenaje al novelista y estadista Gallegos.

unos; otros, que el general Gómez le había pedido a López Contreras este nombramiento para premiar al novelista por los bellos relatos que le habían deparado momentos felices en sus últimos días; había quienes afirmaban que Gallegos escribió esa novela contra Gómez, que la misma era un velado ataque a la dictadura y por eso los izquierdistas le habían pedido a López el nombramiento de Gallegos, y así por el estilo.

Entre éstas y otras lindezas del ambiente rural de mi pueblo vino a nuestro conocimiento de niños el nombre de Rómulo Gallegos. Y el relato nos muestra cómo por aquella época de atraso y desinformación total en la Venezuela interiorana, él era ya el personaje central en la imaginación popular; que el pueblo cuidaba de sus andanzas y seguía paso a paso su actividad ciudadana, como para aferrarse a un guía, por el camino de la intuición, a fin de cubrir la actitud patriótica que demandaba conducta colectiva en aquellos días inciertos del postgomecismo.

Años más tarde llegábamos a la capital del Estado para iniciar estudios de bachillerato. Antes de entrar al aprendizaje de la preceptiva literaria y de la literatura venezolana, ya el nombre de Rómulo Gallegos nos era familiar y sabíamos que era un personaje de carne y hueso, muy famoso por sus novelas y muy celebrado por sus posiciones políticas. Seguramente ya había renunciado al Ministerio de Educación, cargo que ejerció por pocos meses, cuando los estudiantes del Liceo Libertador de Mérida celebraban actos de homenaje al Maestro. Y sólo entonces vine a saber que don Rómulo Gallegos antes que ministro fue maestro y, como tal, sentó cátedra viviente desde el primer momento de su ministerio pedagógico.

“Maestro” es el título mejor aceptado por don Rómulo y el que va más a tono con su modo de vida y su propia idiosincrasia. Porque eso fue siempre y ante todo. Maestro para modelar más tarde personajes de ficción y hacerlos vívida realidad a través del simbolismo expresivo y de una manera singularmente magistral. Maestro en su conducta, sin que las circunstancias fuesen un estorbo a su ética y a sus principios; por eso los desliza, tal vez sin proponérselo siquiera, a todo lo largo de su creación estética.

Maestro en la política

Así se acerca a la política y sigue siendo en esta actividad el maestro de siempre. Casi todos los críticos coinciden en que el político

cimero que hubo en Gallegos le restó tiempo a su producción artística. Sin embargo, en un reciente discurso del doctor Gonzalo Barrios en el Congreso de la República, este ilustre venezolano que no es un crítico literario a dedicación exclusiva, hizo, a nuestro criterio, el mejor juicio del maestro al proclamarlo como un político que se elevó al plano de estadista y se realizó en política a través de las letras. Síntesis estupenda que recoge en un concepto feliz toda la biografía de una existencia donde vida y obra se complementan armoniosamente, pese a las duras horas que podrían haber roto temporalmente esa maravillosa identidad entre el escritor y sus libros. Y todo porque, como bien lo asienta Juan Liscano, don Rómulo “se ciñó a una concepción rigurosa formulada desde un principio y como un principio”, haciendo cátedra de vida su propia existencia.

Es posible que haya distorsiones en algunos de los numerosos ensayos críticos que se han escrito en torno a la copiosa producción literaria de don Rómulo Gallegos. Sin embargo, no vacilamos en afirmar que nadie se atrevió a cuestionar siquiera el propósito didáctico, de gran transfondo moral, que hay en toda su obra. Y ello, sin quizás, porque don Rómulo asignó siempre un valor de excepción a la juventud, como verdadero maestro que fue en todo momento. Y se trazó una línea vertical de conducta que no flaquearía jamás ante las contingencias de la vida.

Por eso no le fue difícil asumir una actitud resuelta cuando las circunstancias lo acosaban. Ahí está su designación como senador por Apure, decretada por Gómez como mandato de complacencia. Ya el maestro había esparcido su mensaje en las aulas y sus alumnos, reflejo de la siembra, irían —con Rómulo Betancourt al frente— a formar un núcleo de pioneros en el que hacer político que se conoce en Venezuela como la “Generación del 28”. Ya era también famoso por sus escritos que resumían política en el fondo de su mensaje estético, o más bien ético, si ustedes prefieren. Pues bien, cuando Gómez y sus áulicos pretenden atraérselo para ornar con su nombre la primitiva dictadura que representaban —como lo habían logrado exitosamente con otras figuras intelectuales— el maestro Gallegos no vacila y cumple con su deber de hombre, como lo hizo en función de escritor: maestro siempre.

No se doblega al bienestar palaciego

El no sería el Gil Fortoul acomodaticio que actuó al amparo del bienestar palaciego; ni mucho menos el Vallenilla Lanz que preten-

dió crear doctrina sociológica con sus tesis del Gendarme necesario para justificar a Gómez. Como no tiene arreos de caudillo ni vocación de soldado, la única bandera de combate que esgrime y enarbola es su dignidad solitaria en aquel mar de conciencias genuflexas; decide tomar voluntariamente la ruta del exilio después de renunciar a su investidura parlamentaria, de precario origen y cuestionada legalidad. Rómulo Gallegos era esquivo a la riqueza que corrompe y proclive al fortalecimiento de hábitos de pobreza digna, como si hubiese en ello un mandato de la sangre; su padre ejerció el comercio en Caracas en el ambiente guzmancista de corrupción generalizada que entonces imperaba y sin embargo se sustrajo a las tentaciones del negocio fácil a la sombra del poder y murió pobre en medio de la abundancia que nunca lo sedujo.

El Rómulo Gallegos de siempre trueca su posición de senador de la dictadura, halagado por el regimen, por un cargo de oficinista en Madrid; allí logra subsistir en diáspora digna después de intentar quedarse en los Estados Unidos donde, posteriormente a su aceptación del puesto madrileño, tuvo el ofrecimiento de una cátedra en la Universidad de Columbia, Nueva York, que, por el compromiso ya adquirido, se vio obligado a rechazar. Si esta manera de rubricar con actos resueltos una posición honrosa que amalgama siempre la vida del hombre y la del escritor en eterna simbiosis inseparable no es mensaje político y de los mejores, no sabría, señores, calificarlo de otra forma.

¿No había, acaso, en la candorosa actitud de aquella maestra de mi pueblo, con *Doña Bárbara* bajo el brazo al momento de guardar el minuto de silencio por la muerte del déspota, un reflejo inconsciente de la lección que estaba recibiendo del novelista trocado en maestro, o viceversa? A nuestro juicio, forzando la interpretación retrospectiva de aquel gesto de una maestra rural, intrascendente de suyo, aquello era un mensaje político que después se iría perfilando más diáfananamente a través del hálito existencial de un ductor de pueblos, de excepcional levadura humana.

Conducta moral de Gallegos

La conducta moral de Gallegos no es un artificio elaborado ni tampoco el fruto de una pugna entre el ser y el deber ser que duermen en sus siquis. Nos atrevemos a sugerir que es modo natural de su formación en medio de la pobreza en que crece y como respuesta casi mística a sus conmociones anímicas a la muerte de su madre,

cuando él era apenas un niño y sin edad suficiente para ingresar al Seminario, como fueron sus primeros impulsos. Estos impulsos cambiarían luego de su ingreso a la Universidad, dominada entonces por el naturalismo y las modas intelectuales que enarbolaban el ateísmo y el positivismo como doctrinas y rendían culto a los librepensadores en medio de las reformas de concepción que propiciaba el Ilustre Americano. Los nombres de Darwin y de Comte se hicieron sonoros en los corrillos estudiantiles; del Seminario Diocesano nadie se acordaba, a no ser para darle coces anticlericales a su escolástica concepción. Gallegos reacciona contra su infancia mística tornándose en librepensador que admira a Rousseau y a Ganivet, a Tolstoi y a Renan. Pero sus hábitos morales de formación hogareña permanecen intactos y, yo diría, se robustecen frente a la antinomia de una universidad que lo rodea de amigos de su misma edad en afanes críticos y ante la situación política que entroniza la mediocridad y la barbarie en el gobierno de Cipriano Castro, provocando la encendida reacción de los jóvenes universitarios en presencia de una ola de orgías cortesanas y de la adulación rastrera que rodeaban todo el mundo oficial.

Rómulo Gallegos cuenta para esa época 21 años de edad. Ha pasado de la infante orfandad a una adolescencia precoz y de ésta a una edad adulta también precoz, porque lo han venido atizando responsabilidades mayores a esa temprana vida. Resuelve contraer matrimonio y lo hace con una dama excepcionalmente virtuosa y comprensiva. Doña Teotiste constituyó el complemento de amor y ternura que él necesitaba para realizarse a plenitud. Y, al realizarse, viene otra vez su mensaje político directo desde las páginas de una revista semanal —“La Alborada”— que edita con cuatro compañeros suyos: Julio Planchart, Enrique Soublette, Julio Horacio Rosales y Salustio González Rincones, si bien este último terminó por radicarse en París casi definitivamente. “Eramos cinco, en una misma posición ante la vida y paseábamos nuestro cenáculo errante por todos los caminos de buen mirar hacia los paisajes hermosos”, escribiría más tarde el propio Gallegos en frases evocativas de profundo sentido autobiográfico. La presentación del grupo literario “Alborada”, que así se llama, es tajante definición de metas y propósitos:

“Salimos de la oscuridad en la cual nos habíamos encerrado, dispuestos a perderlo todo antes que transigir en lo más mínimo con los secuaces de la Tiranía. Muchos de nosotros he-

mos estado a punto de ahogarnos bajo la presión de aquella atmósfera negra, pero nunca de ceder un ápice en nuestra integridad; hemos de hacer mucho hincapié en esto. Nuestro oscuro pasado nos ha robustecido, nuestro silencio nos da derecho a levantar la voz; puesto que hemos sido víctimas poderemos ser acusadores”.

Con esta inclinación es lógico pensar que “La Alborada” estaba condenada a corta duración. Salieron sólo dos números, del 31 de enero al 28 de marzo de 1909, cuando el Gobernador trató de imponer al grupo normas inaceptables y envió por razones análogas a Leoncio Martínez —director de “Fantoques”— a la cárcel. Más tarde el grupo se disolvió y poco después murió Enrique Soublette, uno de los más logrados y por quien Gallegos sentía predilección especial a tal punto que, para los críticos con conocimiento de causa, su libro *El último Solar*, que posteriormente sería *Reinaldo Solar*, contiene rasgos de su entrañable amigo.

Reinaldo Solar y su mensaje político

En todo caso, *Reinaldo Solar* tiene un mensaje político nítido y orientador a través del análisis de todos los vaivenes del protagonista, que empieza y nunca termina, que es siempre inconstante e improvisado, creyendo que la aventura de la revuelta le acorta el camino, sin caer en cuenta de que es su propia inconstancia la que le impide realizar la tarea comenzada. Y así hasta que cae, asesinado por los suyos, en los cardonales del litoral de Maurica. Todo un simbolismo en cuanto refleja esa carencia de continuidad que pareciera definir el alma nacional. Ese señalamiento está presente en Gallegos a todo lo largo de su pasión política; en su novelística pareciera más definido en su obra *El Forastero* y, ¿por qué no decirlo?, en *Doña Bárbara*, donde el mensaje está expresamente identificado en la lucha ardorosa entre civilización y barbarie.

Pero, se nos desvía el propósito. Porque no tengo condiciones de crítico literario y mi intención es destacar al Gallegos maestro que, por la vía de la enseñanza, se convirtió en político excelso hasta el final de su existencia. “Maestro de la Juventud” fue su mejor y más logrado título. Desde los viejos tiempos del Liceo Caracas, él forjó conciencia para la siembra digna. La Generación del 28 es su primera cosecha en el quehacer político y, a la manera de Fray

Luis de León, tuvo la satisfacción de encontrarse a sí mismo en esta dirección proyectada hasta la superación por sus alumnos. El diálogo constante con ellos fue profundizando su vocación de maestro para toda la vida.

Cuando en Nueva York una noble dama le ofreció el cargo de maestro en la Universidad de Columbia, “yo estaba, —afirma— como se dice, con un pie en el barco que debía llevarme a España y no pude aceptar el delicado ofrecimiento. . .”. Esa oferta le venía a Gallegos en su primer exilio voluntario de 1931 por los vasos comunicantes de la juventud estudiosa que en alguna forma había captado su mensaje al correr los años aciagos del gomecismo en Venezuela y que en Nueva York había acudido a escuchar su conferencia, en la cual —es curioso— Gallegos exalta el individualismo. “La Naturaleza no crea organizaciones sino individuos”, decía. Quizás en ese momento de su primer exilio voluntario el maestro abominaba las formas gregarias de la conducta humana, que se hacían presentes en su patria, y su individualismo es una forma de reaccionar contra aquellas.

En España: “padre, consejero y animador”

Su permanencia en España no lo separa de la juventud venezolana. Allá sería “padre, consejero y animador” de los estudiantes que con él sufrían suerte de desterrados.

Al volver a la patria, su fama de novelista se da la mano con su consagración como maestro y ambas le abren nuevamente las puertas del parlamento. El 19 de abril de 1937, en elecciones de segundo grado, Gallegos vuelve al Congreso como diputado emergente en las bancadas escasas de la oposición, pero encarnando con sus pocos compañeros y sin proponérselo de modo alguno, la conciencia naciente del país contra los remanentes del gomecismo dictatorial. Su actitud de maestro se afirma, una vez más, en su conducta de parlamentario. Su lenguaje, en medio de las ardorosas polémicas, era moderado, firme y respetuoso del derecho de todos a expresarse. Cuando surge el decreto de expulsión de un grupo de venezolanos y se disuelven los nacientes partidos políticos porque son calificados de “comunistas” según la acomodaticia interpretación constitucional para hacerlos “reos” de delito político, la autoridad de “magister” de Gallegos se dejó oír en la oportunidad del debate legislativo sobre la arbitrariedad de ese decreto:

“ . . . No se puede proscribir ni postergar el pensar, porque entonces el vivir se convertiría en vegetar y este pensar no se puede ventilar sino en el campo de las ideas políticas. . . ”

“ . . . Hay dos formas de violencia que hacen imposible el vivir: la violencia contra el cuerpo, necesidades insatisfechas, prisiones, torturas, vejámenes, y la violencia contra el espíritu: impedir la libre manifestación de la personalidad. . . ”

Así hablaba el diputado Rómulo Gallegos antes de tener siquiera militancia partidista, porque sus posiciones eran las de un político de altura en el plano de las ideas y de los principios. En otra ocasión, con motivo de discutirse la llamada “Ley Mordaza” en el Congreso, diría:

“No soy, ni puedo serlo, partidario de que la prensa goce de una libertad absoluta y abusiva; pero estoy dispuesto a sufrirla en todo caso si esa es una manera de que pueda vivir la libertad en Venezuela”.

Esa fue su actitud política de ayer y de siempre, aparejada a su actitud profesional de educador, que lo llevó a incorporarse a la Comisión Permanente de Educación en sus funciones parlamentarias. Si pudiera sintetizarse en una frase la obra total e inseparable de Gallegos, yo le tomaría prestada esa frase a Gonzalo Barrios para decir que “vivió en el ejercicio de la pedagogía”. De ahí su inseparable preocupación por la juventud, puesta de manifiesto en sus discursos y en sus actitudes. Buscaba en ella el cauce para lo trascendente y, aunque advertía que no le interesaba la lucha política, llamaba siempre la atención a sus colegas sobre la necesidad de estar alertas porque —decía textualmente— “es nuestro deber, ante una posible complicación de los acontecimientos, que acentúe la regresión al pasado”.

Su pasión activa de buscar siempre en la esencia de las cosas, lo alejó de lo circunstancial y por eso en su paso fugaz por el Parlamento venezolano dejó allí la impronta de las definiciones tajantes en cada intervención de las muchas que hizo en esa corta pasantía. También discurre en ese tránsito parlamentario, al igual que en su estela de escritor, su respeto a la dignidad humana. Y ello explica el hecho feliz de que, al elegirse el 19 de abril de 1939 la Directiva de la Cámara de Diputados, Gallegos obtuviese, a diferencia de los años anteriores, 40 votos para la Presidencia del

Cuerpo. Casi resulta electo, y esta sorpresa para el mundo oficial de entonces revela que el maestro ya había calado, también en aquel lugar de actividad pública limitante y controvertida, su disposición superior de ánimo abierto que le captó adhesiones y simpatías aun dentro del ambiente oficial que dominaba casi en forma exclusiva la actividad parlamentaria de aquellos años en Venezuela.

Verticalidad en el parlamento

Es que Gallegos había impuesto, a fuerza de verticalidad a toda prueba, su recia personalidad en el Parlamento que se honraba con su presencia. Allí estaría desde 1937 hasta 1940 en función política, en función parlamentaria, en función de maestro siempre. Y cuando se presenta la coyuntura de la sucesión presidencial, fuera del Congreso o dentro de él tiene sobrado espacio y nombre sonoro en el mundo político para surgir como candidato a la máxima jefatura del país. Sin estar afiliado entonces a ningún partido, su vida parlamentaria había discurrido cimera en medio de una minoría aguerrida de venezolanos ilustres: Martín Pérez Guevara, Luis A. Pietri, Juan Pablo Pérez Alfonzo, Andrés Eloy Blanco, Ambrosio Oropeza y otros.

Esa minoría unificada que es una verdadera antología de dignidad venezolana en el seno de un Congreso comprometido con los viejos estamentos y sometido a las taras postgomecistas, es el asomo de la realidad nacional a las ventanas del siglo XX. Y el candidato Rómulo Gallegos es bandera de lucha reivindicativa y su nombre cubrirá como aval de conducta a toda prueba el programa de gobierno que iría a conocer el pueblo venezolano a través de una novísima forma de hacer política: las plazas y las calles, los mítines, la movilización de masas, los mensajes de prensa y de radio, la controversia de altura, el reto al adversario desde escenarios principistas y programáticos. En fin, la política nacional, por virtud de aquella minoría unificada, había salido de los cenáculos palaciegos para echarse afuera en busca del apoyo del pueblo, única fuente de soberanía constitucional.

Una candidatura simbólica

Era obvio que Gallegos no triunfaría. "Simbólica" se llamó a su candidatura y por anticipado se sabía el resultado cuantitativo de aquella elección de tercer grado. Pero era igualmente obvio que la

estrategia fue correcta y que la siembra estaba hecha. Se había sembrado consignas y se había despertado fe popular en torno a unos postulados que serían después la mejor doctrina de gobierno.

Los discursos de Gallegos en su recorrido por toda Venezuela son un compendio magistral de cátedra ciudadana y al mismo tiempo expresión de un trabajo de equipo al servicio de un ideal colectivo. Gallegos maestro es Gallegos político, o a la inversa, sin que se estorben en él los cognomentos. Y las juventudes se disputan su nombre porque es guía perenne para ellas. Hasta cuando se apoderan de él como estandarte. Sería así llamado desde entonces hasta hoy *Maestro de la juventud venezolana*. Y el maestro se hace presidente por voluntad de su pueblo, en las primeras elecciones libres que se realizan en Venezuela. Toma posesión de su alta investidura el 5 de febrero de 1948 y con él entra al país una nueva forma constitucional para reafirmar los cambios que se habían operado de manera acelerada a partir del 18 de octubre de 1945. Su discurso de ascensión al poder —como todos los suyos— es una verdadera joya literaria y política. Le teme el presidente al estallido de la Tercera Guerra Mundial y define frente a la amenaza en ciernes la posición de su naciente gobierno:

“Nuestra condición de país gran productor de petróleo podría llevarnos a ser campo de combate de esa terrible guerra que amenaza al mundo si no tomáramos las más enérgicas medidas, no sólo para la autodefensa eficaz de los de asiento de la producción petrolera, nuestra mayor fuente de riqueza, sino también para que la lícita contienda cívica entre comunistas y anticomunistas no degeneren en lucha armada que sólo a desastre irremediable podría conducirnos”.

Define el presidente su acción de gobierno en pinceladas bien concretas de un programa real que apenas empezó a cumplir. Las fuerzas antinacionales, endógenas y exógenas, conspiraron contra el orden establecido y terminaron por sitiar al gobierno dentro de las posiciones que la buena fe del Presidente había determinado mantener intactas, si bien dentro de un propósito de reformas a través de las cuales se pechaba económicamente a las compañías petroleras, acostumbradas hasta entonces a hacer y deshacer a su antojo y propia conveniencia. El “inmenso poder moral” de que estaba asistido el gobierno no fue suficiente para resistir la embestida de las fuerzas antinacionales y Gallegos es derrocado porque los militares no se acogen a las soluciones compatibles “con el decoro e interés de la nación”.

Atrás habían quedado las grandes expectativas nacionales e internacionales sobre Venezuela. Todavía resonaban en las aulas de la Universidad de Columbia en Nueva York los ecos del famoso discurso de Gallegos, pronunciado el 9 de julio de 1948 y titulado "De las Letras a las Armas", en el cual destacaba la presencia del general Eisenhower en la presidencia de la Universidad, "conductor de inteligencias en las jornadas del estudio", y ante quien "mis palabras —decía— os presentan saludo de las letras a las armas, las bien llevadas a donde de ellas hubo menester en la ocasión dramática, bien tenidas ahora en el descanso edificante". En ese discurso Gallegos, siempre maestro, traza signos perdurables y conceptuales de singular valía:

"... porque América ha sido una promesa y es ya una obligación indeclinable. Aquí fue el descubrimiento magnífico, creador de un Nuevo Mundo; aquí fueron los libertadores generosos, sin ánimos de conquista, que nos lo convirtieron en patrias; aquí fue luego, para que no fuesen solamente nuestras, el vuelco del apretado viejo mundo en la ancha tierra acogedora y labradora de bienestar. Aquí fue siempre el gran acontecimiento de los tiempos que corrieran y una vez más debe serlo: América un bien universal".

"América una obligación ante la esperanza del mundo".

Y pocos días antes, en la Unión Panamericana, el 2 de julio, al parafrasear un discurso en su honor por parte del Presidente Truman, el Presidente Gallegos remataba su intervención de la misma manera:

"Debemos edificar un mundo nuevo —un mundo óptimo— en el cual sea respetada la eterna dignidad del hombre".

"No he renunciado a la presidencia de la república"

Ese Gallegos idealista, ese hombre superior que hubo en él, no podía imaginarse siquiera que hubiese en su país un cúmulo de ambiciones bastardas que pretendiesen detener el río de la historia. Cuando el 5 de diciembre de 1948 sale del país expulsado, ya Venezuela empieza a conocer el texto de su mensaje clandestino de despedida, que es un monumento a la dignidad:

"No he renunciado a la Presidencia de la República. . . Los militares trataron de ablandarme para obligarme a ceder a sus

ambiciones de prepotencia, llegando hasta intentar imponerme líneas de conducta política. . . Cuando ya nadie podía acariciar la esperanza de que yo fuese juguete en manos voluntariosas, se produjo, una vez más, el atentado de la fuerza contra el derecho”.

Lo que viene después es historia conocida y dolorosa para mi país. Se entroniza una dictadura que dura diez años y costaría a Venezuela mucha sangre y muchas lágrimas. Gallegos seguía su acción de maestro en el exilio: amigo de Lázaro Cárdenas, se radicó en México y fue siempre gestor de ayudas al grupo de exilados que allí estaba. Mantuvo contacto permanente con los venezolanos de todas las tendencias que vivían destierro digno y fue amigo generoso de los estudiantes, como siempre. A su casa de Cuernavaca solía invitarlos, o a la de Morelia, cuando la tomaba de forma generosa por parte de su propietario, el expresidente de México. Allá muere su esposa, doña Teotiste, su inseparable compañera de toda la vida.

En la era democrática

Regresa Gallegos al país de manera apoteósica en 1958 al reiniciarse en Venezuela la era democrática. Ya no es sólo el literato o el político o el maestro, ni todos a una solamente. Es el símbolo eterno y viviente que acepta y representa un compromiso y liga su nombre a todo cuanto de trascendente tiene la humana existencia. De ahí que en 1960, ya héroe del deber cumplido y ciudadano esclarecido del mundo, se solicita su beneplácito para designarlo miembro de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos; apenas acepta este honor, inmediatamente el resto de la Comisión lo designa Presidente del Cuerpo. Se premia así a quien tuvo siempre por norma de conducta el respeto al ser humano por encima de toda suerte de consideraciones. Su discurso en la oportunidad de la Sesión Protocolar vuelve a tomar la altura del maestro que siempre vivió en él, destinado a sembrar mensaje y a construir conciencia civil en el Continente. No quiere que la Comisión que se acaba de designar siga siendo “añadidura de formalismos con los cuales se disfraza gana insincera de preservar la dignidad del hombre, aspiración fundamental de la democracia”. Y sigue más adelante: “. . . el respeto a la dignidad del hombre, la efectiva defensa de sus fueros, debe ser la preocupación fundamental de nuestros propósitos”.

Remata con estas frases de fe ductora y principista:

“ . . . Hay sed de justicia en varias partes del Continente americano. La padecen pueblos conscientes, poseedores del inviolable derecho de procurarse bienestar material y espiritual que sean respetados, y nuestra Comisión, obediente al propósito de proteger los derechos constitutivos de la dignidad humana, no puede estar destinada al fracaso, como ocurrencia de soñadores, pues, por el contrario, tiene su razón de ser en las mejores aspiraciones del espíritu americano”.

Gallegos, según la certera expresión de Juan Liscano, al romper el muro de la fama y expandirse por el mundo de la política continental, cortó todos los pasos y cerró cualquier otro camino que no fuese aquel que desembocaba en su panteón; por eso obtuvo el privilegio de merecer la gloria en vida. Murió el 5 de abril de 1969. Había nacido el 2 de agosto de 1884. Venezuela y el mundo celebraron hace poco el centenario de su nacimiento. Y el nombre de Gallegos es, como fue y seguirá siendo, eje de luchas por la libertad y estandarte para la dignidad del gentilicio.